

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

# Zancadillas al Amor

10 RAZONES PARA SUPERAR LA CRISIS

ANTONIO PÉREZ VILLAHOZ



COBEL EDICIONES

---

## ÍNDICE

Introducción	7
1: ¿Crisis?	11
2: ¿Y no me dejaría llevar por el entusiasmo?	15
3: Renovar el amor	23
4: Crisis de crecimiento	29
5: Síntomas de ceguera	35
6: El valor de la palabra	49
7: En la dificultad se forja la fidelidad	53
8: La seguridad de la dirección espiritual	61
9: Porque tengo vocación...	67
10: ¡Dios y las almas necesitan de ti!	73

En esta vida las cosas casi nunca son ni blancas ni negras. Tienen, sin duda, sus matices variados que la hacen, al menos, más dinámica. Así, por ejemplo, lo que ayer nos parecía imposible de superar (el examen final de una asignatura), hoy nos parece una anécdota infantil. Eso sí, antes de superar la prueba, por más y más que nos insistan, lo vemos como algo que nos agobia, que nos preocupa e incluso que procuramos rechazar y evitar. Resulta más sencillo irse al cine que quedarse a estudiar una tarde el examen del día siguiente. Por eso nos agobia el examen, por eso queremos rechazarlo, pero lo innegable es que ese agobio es sólo fruto de tener que enfrentarse con algo que supone esforzarse, que nos impide dar satisfacción a un deseo inmediato, a un capricho del momento.

Algo semejante ocurre en nuestra vida con Dios. Es, justamente, cuando llega el momento de la prueba, de la dificultad, de los sinsabores o como quieras

---

llamarlo, cuando aparece, como defensa innata, el deseo de alejar el problema, de evitarlo.

Si además, a lo que nos estamos refiriendo es a algo tan definitorio como una vocación, a esa llamada personal de Dios a seguir un camino concreto, la situación es todavía más importante. No es lo mismo, bien lo sabemos, ser fiel a unos ideales que no serlo, querer a una persona que dejar de quererla. Por eso, en momentos de dificultad en la vocación es muy importante detectar el porqué y el para qué. Saber qué nos pasa, por qué nos pasa y cual es la solución más acertada es, tal vez, una de esas cosas por las que sí merece la pena actuar bien, y actuar con claridad y sin tapujos, queriendo descubrir la verdad del problema sin miedo a las consecuencias.

Por ello, lo primero y más importante es saber que pase lo que pase, ocurriera lo que ocurriera o pensase lo que pensase, yo soy hijo muy amado de Dios. Esa actitud que surge de saberse hijo de Dios, amado infinitamente, es lo que nos llevará a actuar con serenidad. Nunca las prisas son buenas consejeras, y menos ahora.

La vocación es llamada de Dios. Es Él quien elige a los hombres y los invita a una misión muy concreta, y ante esa llamada el hombre responde generosa o egoístamente. Tu eres, seguramente, de los que un día le dijo a Dios que sí. ¿Qué te pasa entonces ahora? Sencillamente, que dudas de ese sí de entonces,

---

que piensas o empiezas a pensar de forma contraria a como antes pensabas; que en tu vida hay un roto, un tachón que no sabes a qué se debe. Por eso estamos en crisis, porque ahora hay algo que no es como antes y que nos lleva a rechazar lo que antes era luz, claridad y deseo. No porque no queramos a Dios ni a esa luz, ni a esa claridad ni a ese deseo anterior, sino porque ahora vemos sólo oscuridad, porque hemos cambiado, porque tal vez la vida nos ha dado alguna nueva lección que pensábamos teníamos aprendida y ahora sabemos que ni siquiera conocíamos.

Amigo, un consejo práctico: serenidad. No saquemos nunca las cosas de contexto, no dejemos que un deseo ciego y pasajero guíe nuestros pasos. Si tu vocación es de Dios y si tú pones de tu parte, todo volverá a ser como antes. Dejarás de estar en crisis. Pasará esta ceguera. Pasará este sufrir. Lo primero: ponerse en manos de Dios, querer solucionarlo. Si tú pones de tu parte, por poco que sea, El pondrá el resto. Déjate ayudar por esas personas que hasta hoy han sabido llevarte muy cerca de Dios y vamos a darle a las cosas un poquito de tiempo, que a veces es la mejor de las medicinas.

En estas páginas vamos a tratar de saber el porqué de tanta confusión, de tanto pasarlo mal, de tanta rebeldía interior, de tanta incertidumbre. Sólo te pido un favor: tienes que querer solucionarlo. A ti sólo, con la gracia de Dios y con la ayuda de quienes hasta hoy han venido alentándote, te corresponde

descubrirlo. Quiera Dios que estas páginas sean un poquito de luz en este mundo donde no todo es ni negro ni blanco.

Estamos en crisis, o eso al menos es lo que pensamos. Pero, ¿qué es estar en crisis? ¿Qué me pasa? ¿Qué me ocurre? La primera manifestación de esto que llamamos crisis es la confusión, el caos interior, el no sentirnos bien por dentro o el sentirnos diferentes. Nos falta el pensamiento lógico. No somos capaces de diagnosticar bien nuestro problema. Ni siquiera, realmente, sabemos lo que nos ocurre. Sólo sabemos que nos sucede algo nuevo, algo que nos tiene confusos, que nos tiene desorientados y que queremos solucionar de una vez porque así como nos encontramos no queremos seguir.

Partamos desde el principio del problema. ¿Por qué en su día nos entregamos a Dios? ¿Por qué dijimos que sí a una vocación bien concreta? Sin adelantar ahora aspectos que se tratarán en posteriores capítulos, aquí sólo conviene volver a meditar en la razón última, por muy escondida que ahora se encuentre, que nos llevó a poner nuestra vida al servicio de Dios.

No es difícil darnos cuenta de que esa razón fue, se mire por donde se mire, el deseo de agradar a Dios, por más que ese deseo lo veamos hoy enturbiado por otras circunstancias.

Por eso resulta especialmente importante que ahondemos en las razones de nuestro sí, en el por qué de nuestra entrega. Bien es cierto que no te resultará fácil. Cuando el corazón está enturbiado y la cabeza confusa, la claridad no es una meta accesible.

Remóntate, por tanto, a esa temporada de especial gracia de Dios que te llevó a decidirte, que te llevó a entregar tu vida a Dios en un momento y en unas circunstancias bien concretas. Encontrarás entonces -no es justo que ahora lo neguemos- sentimientos muy nobles que te hicieron lanzarte a una aventura de amor. Bien sabías entonces que Dios jamás defrauda, que paga generosamente lo poco que tú y yo podamos darle. Pregúntate con sinceridad si ese decirle a Dios que sí, porque te dio la gana, fue un sí decidido y definitivo, aunque ahora pensemos que conocíamos poco lo que ese sí suponía y lo que la vida, el transcurrir de los días, nos traería consigo.

¿Vi por aquel entonces clara mi vocación? ¿Puedo decir con certeza que, en aquellos días, sí sabía lo que Dios me pedía con total seguridad? Bien es cierto, amigo lector, que puedo presagiar que tu res-

---

puesta será un rotundo no. La vocación es cuestión de fe, de generosidad, de deseos de agradar a Dios, y cuando esa fe se oscurece, esa generosidad se enturbia y esos deseos de agradar se cambian, resulta casi imposible ver y querer la voluntad de Dios. En todo caso lo que yo te pregunto es si en tu primera decisión puedes pensar con honradez que el motivo que te llevó a dar ese paso de generosidad fue Dios. Esa es la pregunta importante. Cosa muy distinta es que ahora pensemos lo contrario o que esa misma claridad de antes, esté ahora entre sombras.

En una ocasión, un joven de apenas 16 años me decía: “¡Qué diferente se ven las cosas cuando uno reza!” Había pasado por un periodo de incertidumbre. Se había preguntado si lo suyo no fue más bien un entusiasmo pasajero que un querer de Dios. Cuando pasó por su crisis –todos pasamos antes o después, de un modo o de otro- no era capaz de responder al interrogante de saber si aquella respuesta de generosidad había estado bien madurada. Hubo de pasar por este momento de prueba para darse cuenta de que esa crisis estaba provocada porque con el paso de los días se había ido buscando más a sí mismo que Aquel con quién había comprometido su vida. Por eso le bastó rezar de verdad, sin querer justificar sus actos, para darse cuenta de que lo que pensaba que era oscuridad fue más bien un tiempo de prueba, un tiempo de purificar el móvil de su entrega. Entendió muy bien que Dios, efectivamente, lo pide todo, no casi todo.

---

Tenlo claro: Estas crisis no tienen por qué ser negativas. Si hasta ahora nos hemos acostumbrado a buscar a Dios detrás de cada acontecimiento de nuestra vida, de lo bueno y de lo malo que nos ha pasado, de lo que nos ha producido alegría o tristeza, no podemos deducir ahora que lo que hoy nos ocurre sea negativo. La diferencia está en la actitud con la que se coja. Basta querer cumplir la Voluntad de Dios para que todo sea luz. Ten por seguro que donde no hay paz no está Cristo, por eso el momento de la prueba, de la dificultad no equivale nunca a la pérdida de la paz; es, más bien, el camino que conduce a ella. La dificultad tiene valor si sirve para superarla, como la tentación es válida si logramos vencerla.

¿Crees acaso que eres el primero que se encuentra en esta situación? Muchos santos han pasado por estos momentos de oscuridad. Muchas almas buenas tienen muchas crisis en su vida profesional, en su vida familiar, en sus amistades e incluso en sus principios. Por eso, ¿seremos tú y yo tan engreídos de pensar que lo que nos pasa no le ha pasado a nadie hasta hoy?